



HUERTA DEL REY MORO. Plataforma La Noria

Joaquín Moral

Los cascos históricos andaluces sufren en la actualidad la última fase del proceso que partía de las políticas de rehabilitación *patrimonial* de los años ochenta y los Planes Especiales de Reforma Interior (PERI). En muchas ocasiones ha transformado radicalmente la realidad de los barrios y las gentes que los integran con un proceso de *gentrificación*. Planes URBAN, planes especiales y las nuevas Áreas de Gestión Integral mediante Áreas de Rehabilitación Concertada (ARC) entre las administraciones autonómica y municipal, están dejando puertas abiertas a procesos especulativos. Pocos son los rincones intramuros que han escapado a la máquina urbanizadora que todo lo devora. La *espectacularización* urbicida de los espacios públicos y la higienización social escudada en la rehabilitación de la vivienda hace cada vez más difícil albergar espacios públicos vitales ⁶.

/6/

Espacios para disfrutar sin la temática rentabilidad económica del velador, el control y el prohibido jugar a la pelota.

Sorprendentemente, en la ciudad de Sevilla aún sobrevive la Huerta Del Rey Moro, el mayor espacio público del casco histórico no urbanizado ni mercantilizado. Antigua huerta precolombina⁷ entre las calles Sol y Enladrillada, está situada en uno de los barrios con mayor densidad edificatoria del casco: el sector noroeste. Vinculada a la Casa Del Rey Moro, casa gótico-mudéjar de fines del S. XV y la más antigua construcción doméstica excluyendo el Alcázar y residencias palaciegas, el huerto cuenta con 5000 m² de *espacio vacío* lleno de árboles, flora, fauna... y personas. Casa y Huerto del rey Moro fueron declaradas Bien de Interés Cultural (BIC), con la categoría de Monumento, en el año 2001.

/7/

Al igual que casi todo el casco histórico norte en torno a los conventos

Abandonadas durante los últimos siglos, estos espacios patrimoniales han ido adaptándose a las necesidades del vecindario. La casa se transformó en Casa de Vecinos y la huerta en lugar de abastecimiento de frutos (higos, moras, nísperos, limones y naranjas) y productos hortícolas de los cultivos existentes. Los mayores del lugar aún recuerdan sus aventuras entre los restos de acequias, pozos, aljibes y albercas que configuraban este jardín-huerta —restos hoy desaparecidos bajo un relleno de escombros que ha ido colmatando y nivelando este singular espacio.

Tras un prolongado y despiadado olvido e indiferencia, la Huerta vive desde hace tres años una revitalización que tiene su origen en las necesidades de los vecinos —ausencia de espacios públicos de encuentro— y ha sido posible gracias a su trabajo. El 15 de febrero del 2004 se *inauguraba* de forma *vecinal* la ocupación del espacio para uso y disfrute del barrio, llenándolo de vida urbana y relaciones de proximidad. Desde entonces, La Noria, plataforma creada por vecinos/as, asociaciones y colectivos del barrio, ha presentado a las administraciones públicas numerosas reivindicaciones, propuestas y actividades, dinamizando el disfrute social del lugar. El potencial desplegado en la Huerta del Rey Moro como espacio lúdico y de encuentro desvela innecesaria la clásica urbanización de *autocad* y *catálogo* para el *correcto uso* del espacio. En la Huerta, diferentes ámbitos arbolados y vacíos verdes permiten albergar el reposo y el ocio en torno a actividades medioambientales, comidas populares, cine de verano, jornadas infantiles de juegos, actuaciones musicales, teatrales, títeres o talleres de pintura.



Huerta del Rey Moro. Fotografía de Joaquín Moral.

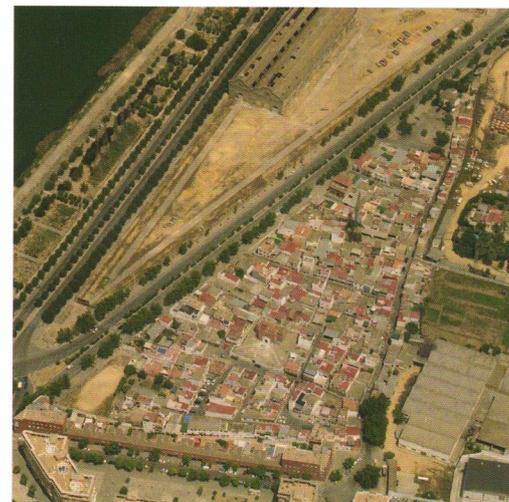
Uno de los proyectos más importantes hasta ahora realizado en la Huerta del Rey Moro ha sido la creación de un programa de huertos escolares con los colegios públicos del entorno. El huerto se vincula a ochocientos escolares que realizan múltiples jornadas de trabajo en torno a la cultura hortofrutícola y la sensibilización medioambiental. Ello ha permitido generar una pequeña infraestructura para aprender a sembrar, transplantar, distinguir variedades, tratar plagas, instalar sistemas de riego y realizar múltiples actividades en torno a valores ecológicos como la alimentación saludable.

Esta estimulante realidad se enfrenta a la planificación urbanística determinada por el PGOU de 1987, que parece íntegramente transferida al PGOU de 2006 (ARI-DC 05 Huerta del Rey Moro). Aduciendo a la recuperación de la sección clásica del callejero, se pretenden construir dos bloques de viviendas alineados a la calle Enladrillada, que anularían su permeabilidad potencial y convertirían la huerta en jardín semiprivado, difícil de reconocer como público desde la calle. La propuesta trata de obtener rentabilidad con la promoción de viviendas públicas a costa del valor patrimonial, sin respetar las determinaciones del Plan Especial del Casco Histórico. En él se establece como usos del espacio "la huerta arqueológica previa a 1492, huertas pedagógicas y científicas, esparcimiento y recreo compatibles con la huerta, organización de eventos y fiestas compatibles con la huerta, residencial y servicios de interés público y social". Además, las condiciones particulares de la unidad de ejecución UE-2 Huer-

ta del Rey Moro (Plan Especial del Casco Histórico Sector 3 Santa Paula-Santa Lucía) contemplan la construcción de viviendas que alterarían por completo este incomparable vestigio vulnerando asimismo la protección específica de la integridad de la Huerta, declarada Monumento.

La desafortunada interpretación del patrimonio y su actual identidad como espacio público de encuentro, tan necesario en estos barrios densificados, plantea un futuro incierto. Es responsabilidad de la administración el compromiso con los ciudadanos, valorar y tomar en cuenta lo iniciado por el proceso vecinal en marcha y atender las necesidades reales del barrio —carencia de espacios públicos y equipamientos, que no tanto de viviendas de nueva planta: existe gran cantidad de ellas vacías en el centro.

La ciudad, sus cánones y referentes, se han forjado en la cotidianeidad de la calle y la plaza, la vivencia espacial y humana a través de relaciones espaciales, socio-culturales y económicas espontáneas y variables, no estigmatizadas por la rentabilidad turística a corto plazo ni la rentabilidad política cuatrienal, que mercantilizan e instrumentalizan los espacios. Los metros cuadrados de manchas coloreadas y los seductores fotomontajes espectaculares promovidos por la legislación y planificación parecen obviar la existencia de estos magníficos espacios. Esta es la postura mantenida por La Noria frente al *urbicidio*, que le ha llevado a una lucha ardua y tediosa no exenta de esperanza. ■



BARRIADA DE LA BACHILLERA

Arquitectura y Compromiso Social (ACS)

Esteban de Manuel Jerez y Lucía Olmedo

La Bachillera es un pueblo en la ciudad. Fue autoconstruido sobre unos terrenos que recibió en herencia la Asociación Sevillana de la Caridad, a finales de la década de los cuarenta, para que los destinara a satisfacer las necesidades de vivienda de los pobres. No hubo trazado previo de calles ni de parcelas; la asociación fue cediendo terrenos en alquiler a los demandantes que cumplían el requisito de ser pobres y ellos mismos delimitaban su parcela. Surgió así una trama, propia de las reglas de organización de la ciudad tradicional islámica, con sus adarves de calles angostas, situada en medio del campo, entre las vías del tren que salía a Córdoba y el cementerio. Las chabolas iniciales se fueron convirtiendo progresivamente en dignas casas de pueblo, aunque en la actualidad todavía existe una parte significativa de infraviviendas. Las movilizaciones de los vecinos en los setenta permitieron la normalización de las infraestructuras urbanas, pero este proceso de mejora entró en crisis a final de los ochenta, cuando la ciudad planificada alcanzó al barrio y lo pretendió fachada de la ciudad al río, frente a la Exposición Universal de Sevilla de 1992. El anuncio oficial de que el barrio sería demolido y sustituido por un barrio de nueva planta introdujo la inseguridad entre los vecinos que ya no se atrevían, ni podían legalmente, seguir viviendo y construyendo.



Huerta del Rey Moro. Fotografía de Joaquín Moral.